

Servicios Urbanos y Ciudad Igualitaria. Reporte de Investigación

Guillermo Ejea Mendoza

PRESENTACIÓN

El presente Reporte de Investigación, ***Servicios urbanos y ciudad igualitaria***, de **Guillermo Ejea Mendoza** está vinculado al Proyecto de Investigación **Mercado inmobiliario y morfología urbana en la Ciudad de México y su Zona Metropolitana 1950-2010. Alcances y límites de la regulación estatal**, aprobado por el Consejo Divisional en la sesión 322 del 31 de octubre de 2012 y con número de registro 1,026 ante la Coordinación Divisional de Investigación. La Línea de Generación y Aplicación del Conocimiento es **Economía Urbana**.

En este reporte se hace un recorrido a través de la relación entre la idea de modernidad y la de ciudad (no)igualitaria para poner de relieve sus grandes trazos en el caso de la Ciudad de México. El autor sostiene que la modernidad en las ciudades del subdesarrollo no es la modernidad truncada de las ciudades del desarrollo, sino una modernidad distinta y específica: una modernidad en la que la desigualdad social y la heterogeneidad estructural son inherentes.

Dr. Sergio Cámara Izquierdo
Jefe del Departamento de Economía

Diciembre de 2020

Servicios Urbanos y Ciudad Igualitaria. Reporte de Investigación¹

Guillermo Ejea Mendoza

Octubre 2020

Esquema de trabajo:

1. Definir modernidad
2. Caracterizar a la ciudad moderna
3. Pensar en los servicios urbanos
4. Qué es la ciudad igualitaria
5. Qué tienen que ver los servicios urbanos con ella
6. Modernidad líquida o posmodernismo

—*¡No te lo he dicho ya!, vas a ver que venir a México hoy, es como si fuera uno a Francia.*

José Tomás de Cuéllar, 1884

Introducción

Una de las premisas y promesas de la ideología moderna fue la igualdad entre todos los individuos y, por consiguiente, entre las clases sociales. Fue, con la idea de libertad, un potente motor de la transformación del mundo en los siglos XVI a XVIII. Muy pronto, sin embargo, una vez alcanzado el triunfo político de la burguesía, esa divisa se ciñó a la igualdad jurídica entre los hombres y se abandonó el interés por resolver las diferencias sociales, incluidas en éstas las de género. Por eso, la ciudad moderna, como la sociedad moderna en su conjunto, es no igualitaria.

Siempre hubo cierta preocupación por la relación entre el orden urbano y la estabilidad social, pero en el siglo XIX y el XX las terribles y masivas secuelas sociales de la industrialización capitalista, especialmente en el modo de vida obrero, hicieron que se prestara atención científica a las desigualdades urbanas y sus posibles correcciones. Al mismo tiempo, la expansión del sector terciario, las clases medias y los diversos estratos populares, contribuyó a que la ciudad fuese vista

¹ Este Reporte de Investigación forma parte del Proyecto de Investigación *Mercado inmobiliario y morfología urbana en la Ciudad de México y su Zona Metropolitana 1950-2010. Alcances y límites de la regulación estatal* (proyecto #1026, aprobado en la Sesión 322 del 31/10/2012), Línea de Generación y Aplicación del Conocimiento: Economía Urbana.

como un objeto de interés general, donde todos tendrían cabida. Es el reto no superado de la planeación urbana de la modernidad.

Ahora se ha llegado a pensar que la modernidad finalizó con el siglo XX, con la globalización, el cambio climático, la aceptación gradual de la diversidad social en sus múltiples dimensiones, el fracaso del socialismo y el descrédito de los grandes relatos. En este marco, las ciudades se han desbordado para configurar urbanizaciones regionales y las desigualdades socioterritoriales se han acrecentado. Las soluciones imaginadas parecen haber perdido toda viabilidad. El problema se aprecia más grave en las ciudades del no desarrollo que en las del desarrollo pues la modernidad no las afectó de la misma manera. Tal vez sería mejor decir que no afrontaron la modernidad del mismo modo.

En este trabajo se hace un recorrido a través de la relación entre la idea de modernidad y la de ciudad (no)igualitaria para poner de relieve sus grandes trazos ...

La modernidad

La palabra moderno, nacida en el siglo V d.C., tiene múltiples acepciones por su propia naturaleza: significa actual pero en el sentido en que lo de hoy es mejor que lo de ayer. Por eso, ha renacido recurrentemente en la historia occidental. La idea de la modernidad –la cualidad de lo moderno- se revitaliza cada vez que una sociedad, o un grupo social, pretende diferenciarse y afirmar su superioridad respecto de ideas que prevalecieron en el pasado (Habermas, 2006). Hay, pues, varias modernidades².

La historia tradicional define a la Edad Moderna como aquella que brotó del ocaso de la Edad Media en el siglo xv, gracias al ímpetu del Humanismo y el Renacimiento en el XIV. Otros la sitúan hasta el XVII. En cualquier caso, esa fase trajo un cambio de mentalidades cuyos principios inaugurales perdurarán hasta finales del siglo xx, por lo menos (Villoro, 1992). Pueden resumirse del siguiente modo. El ser humano es libre en cuanto que no está atado a los designios divinos ni a las leyes de la naturaleza sino que tiene la capacidad de trascender, no sólo hacia lo sobrenatural sino en tanto que puede construir su entorno material y su ambiente espiritual en función de sus deseos, hacer cultura. Su esencia consiste en esta práctica transformadora que transforma al mundo y a él mismo. Este movimiento está motivado por el ánimo de trascendencia, que no tiene límite, y orientado por dos coordenadas: la razón y el esfuerzo. La historia humana se entiende como progreso,

² Modernidad (sustantivo): cualidad de lo moderno; moderno (adjetivo): actual, reciente; modernizar (verbo): hacer moderno, actualizar; modernización (sustantivo): acción y efecto de modernizar; modernismo (sustantivo + sufijo *ismo*): estilo tendiente a lo moderno, movimiento a lo moderno o lo moderno en movimiento.

es decir, trayecto hacia un fin superior. La conjugación de intelecto y voluntad conduce al dominio del mundo. En este proyecto, incluso la “naturaleza no humana”, que posee reglas autárquicas, debe ser sometida al orden de la razón. La punta de lanza de esta conquista es el conocimiento –encabezado por la ciencia-, que también avanza de manera progresiva, acumulativa, descubriendo verdades parciales, pasajeras e incompletas, pero con la convicción de que al final del camino hay una verdad verdadera, absoluta, total.

La denominada ciudad ideal de Da Vinci fue diseñada en este contexto, en sintonía con la tendencia de la época (1519), para resolver la “irracionalidad” con que habían sido construidas las ciudades medievales. “Estamos todos reunidos en iglesias en ruinas, juntos hombres y mujeres, grandes y pequeños a modo de rebaño de cabras”, habría dicho (Solera, 2018: 42). Se trataba de dar un orden al hábitat no natural de la vida humana, en condiciones favorables a la higiene, el estar y la movilidad, una organización funcional del espacio para la realización de las actividades domésticas y productivas y en armonía con la naturaleza: una red de diez ciudades satélite de dimensiones controladas, aprovechando la verticalidad, sin murallas y en rectángulo a lo largo de los ríos que las atravesarían, nutrirían y sanearían (Alonso, 2019; Samaniego, 2019; Solera, 2018). Se ha dicho que el proyecto tenía una intención clasista y también que no hay ningún indicio al respecto. Es probable que la reestructuración de la noción de ciudad representara una amenaza para el modo de vida de los grandes propietarios del orden señorial, pero sin duda abría el horizonte para las clases emergentes.

El uso de la razón exigía planeación y precisión. El elemento novedoso e innovador de la arquitectura renacentista en el siglo XV es la matemática, el uso de una métrica del espacio con sentido antropocéntrico, el control a escala humana del espacio interior. A su vez, “la experiencia espacial propia de la arquitectura tiene su prolongación en la ciudad” pues cada obra edilicia, y más un conjunto de ellas, colabora en la creación simultánea de dos espacios: el de dentro y el de fuera (Zevi, 1998: 82, 27). El exterior era una proyección del interior. En el mundo occidental, los edificios se construyen para estar adentro; las ciudades, para estar afuera (...). Esta idea, que se ha perdido en nuestras complejas urbanizaciones, parece que estaba en la cabeza de Da Vinci. Por eso había que hacer las cosas de manera racional. “Ninguna investigación se puede llamar verdadera ciencia si no pasa por las demostraciones matemáticas”, dijo Leonardo refiriéndose a la pintura, admirado por la relación entre las leyes de la necesidad que rigen el orden natural y las formas y proporciones en que se manifiestan (Villoro, 1992: 80-81). Es un criterio aplicable a sus proyectos urbanos. El urbanismo renacentista se guió por la simetría, la perspectiva y la armonía, aplicadas al trazado reticular de las calles, las plazas y la composición de los edificios (Morris, 2007: 179).

Algunos historiadores del pensamiento ven en La Ilustración el remate de la Edad Moderna y otros la acotan al apogeo del racionalismo y el empirismo en los siglos XVII y XVIII. La ciudad moderna también puede visualizarse como la ciudad fabril o industrial del siglo XIX si se contrapone a la barroca-burocrática de las dos centurias anteriores.

La necesidad de lo moderno resurge a mediados del siglo XIX y cubre un arco de tiempo que llega hasta el período de entre guerras del siglo XX. Esta nueva noción de lo moderno –ya no la Edad sino la Época moderna- se esparce por un mundo que se encuentra él mismo en expansión y se compone de varios afluentes que abarca diversos campos. Podríamos empezar el recuento obviamente con la remodelación de París trazada por Haussmann: la ciudad moderna se vuelve funcional al desarrollo del capitalismo y el beneficio de la burguesía porque permite e incita que la vida fluya más rápido y masivamente.

En 1857 Baudelaire publicaba *Las Flores del Mal* para dar paso a la modernidad en la poesía francesa, una modernidad que entendía como “lo transitorio, lo fugitivo, lo contingente que constituyen la mitad del arte”, según declaraba en *El pintor de la vida moderna* en 1863³. Para Berman, este ensayo y *El heroísmo de la vida moderna*, “fijaron el programa de todo un siglo de arte y pensamiento” (1994: 130). Si un año antes Baudelaire había comenzado *Le spleen de Paris*, en 1863 dibujaba, en medio de los escombros de la reconstrucción ideada para el esplendor⁴ y para la introducción de la infraestructura urbana, la experiencia dialéctica del estar con otros-con nadie-conmigo que produce la vida ciudadana⁵. La muchedumbre en las calles y plazas es diversidad y la diversidad anuncia el cosmopolitismo, el encuentro efímero con los extraños (Sennet), la aventura impasible de lo desconocido. Pero es también repliegue del individuo hacia sí mismo, hacia el heroísmo de la subjetividad. Multitud y ensimismamiento, unidad de los opuestos, esencia contradictoria de la ciudad moderna. Para Baudelaire, que está situado en y a la vez define la transición entre lo viejo y lo nuevo, la ciudad que lo “embriaga” es “infame ... Hospital, lupanar, purgatorio, infierno, prisión”, pero la goza (Rodríguez, Marta: 126).

Las paradojas de la ciudad moderna abarcan el contraste social. La modernización de París trataba también de enmendar la incomodidad urbana que provocaban la clase proletaria y la fealdad de la miseria. El Barón llevaba a la segregación territorial

³ La oración completa es: «Por la modernidad me refiero a lo transitorio, lo fugitivo, lo contingente que constituyen la mitad del arte, lo otro es el eterno y lo inmutable». Charles Baudelaire, «The Painter of Modern Life» in *The Painter of Modern Life and Other Essays*, editó y tradujo Jonathan Mayne. London: Phaidon Press, 1863.

⁴ Imágenes contenidas en “Los Ojos de los pobres”, Baudelaire (2009: 64), poema publicado en 1864.

⁵ Baudelaire (2009).

la distinción social que la misma Revolución había decretado recién iniciada, entre propietarios y no propietarios, legitimando la propiedad privada absoluta y prohibiendo la organización de los trabajadores. Sin embargo, paradójicamente, las calles anchas y mejor iluminadas, los novedosos cafés y las vitrinas dieron visibilidad a la pobreza y las diferencias sociales. “La miseria, que había sido un misterio, es ahora un hecho” (Berman, 1994: 153). Más todavía: los pobres miran y obligan a ser mirados, exigen la comparación. El no-pobre se turba. Estas contradicciones también se interiorizan en el individuo que la experimenta. Berman dice que la modernidad se vuelve reflexiva.

Ya Rousseau había denunciado las consecuencias deshumanizantes del extremo tecnologismo. Julio Verne, con su sobrenatural visión de futuro, también lo hará al imaginar –pintar- cómo sería *París en el siglo XX*, específicamente en 1963 desde 1863. Anticipa con pesimismo que la modernidad y el progreso sólo llevarán a las mascaradas coloridas del dinero, la tecnificación, las masas autómatas y las ciencias en inglés.

Por las mismas calles y por los mismos años, *Almuerzo en la hierba* (1863) e *Impresión, sol naciente* (1872) desafían el orden establecido y abren la ruta de las vanguardias que se sucederán aceleradamente para tratar de capturar en el lienzo, con la mayor fidelidad posible, esa modernidad en movimiento y paradójica que apenas bosquejaba Baudelaire. Los impresionistas, por cierto, tuvieron que apoyarse en los avances de la ciencia para innovar las técnicas de su arte y con éste luego retroalimentarla, como lo hicieron los artistas del Renacimiento. De la literatura y la pintura, modernización y modernismo saltarán a las demás artes plásticas, la arquitectura y el urbanismo, como veremos más adelante.

El adelanto de las ciencias en el siglo XIX fue constante pero no tan revolucionario como lo había sido del XVI al XVIII, aunque debe consignarse el avance en sus aplicaciones, especialmente en la química, la biología y la geología. Modernización significa también progreso tecnológico. La química, por ejemplo, cuya promoción como ciencia había despegado a fines del XVIII con las aportaciones de Lavoisier (Butterfield, 1981), para mediados de siglo en Alemania, “los químicos formaban casi más de la mitad de los profesionales empleados en actividades científicas” (Hobsbawm, 1998: 265), enfocados en su utilización industrial. La bacteriología, por su parte, no sólo posibilitaba la erradicación de algunos padecimientos catastróficos de los seres vivos –animales, plantas- sino que daba también una visión distinta de los detalles compositivos del organismo humano, de “la naturaleza de la vida”. Desde entonces sabemos que no solo somos lo que vemos; también somos lo que no vemos.

En el otro extremo, la teoría de la evolución de Darwin, apoyada por las nuevas evidencias geológicas y arqueológicas, subsumía de nuevo la historia de la

humanidad en las leyes de la naturaleza. Cabía preguntarse entonces dónde quedaba la singularidad de la especie humana. El contenido subversivo de la nueva teoría –el azar de la selección natural- fue destintado con el paso de los años, pero, mientras tanto, tomando las ideas más simplistas de las tres fuentes, la biología, la sociología y la antropología se fundirían en el positivismo spenceriano para justificar el nuevo orden moderno impuesto en los territorios primitivos o atrasados, como México. Ya que el liberalismo no podía defender la existencia de la desigualdad social, económica y política, erigió el argumento de las razas para hacerlo (Hobsbawm, 1998: 276).

Al examinar el modo como Baudelaire adelantaba la modernidad, Berman aduce que “La fluidez y la volatilidad se convertirán en cualidades primordiales de la pintura, la arquitectura y el dibujo, la música y la literatura conscientemente modernistas que emergerán a finales del siglo XIX”. (Berman, 1994: 143). Contrariamente a esa expectativa, en la arquitectura de las ciudades europeas del siglo XIX parece haber predominado un aburrido eclecticismo (Hobsbawm, 1998). En realidad, opinan algunos, la mezcla resultó de una base neoclásica aderezada con contrapuntos romanticistas, neogóticos y estilos locales, como el pintoresco o rural en Inglaterra, así como en Alemania, la misma Francia y otros países europeos, variantes del Eclecticismo Universal (Rodríguez Liera, 2006). Si esa indefinición fue un choque de épocas, podríamos interpretar la reiteración neoclásica como producto del impulso modernizante que no había encontrado hasta entonces una expresión propia y por eso se aferraba a la ortodoxia conocida, y los estilos adosados como el impulso hacia la conservación y el retroceso a un pasado más rico en expresiones, aunque también repetitivo. De cualquier manera, esa miscelánea permitió la acumulación de modernidad urbana, si se admite la expresión: “los negocios y necesidades domésticas de los burgueses hicieron la fortuna de gran cantidad de arquitectos que construyeron y reconstruyeron para aquéllos importantes zonas de la ciudad” (Hobsbawm, 1998: 291). Luego, ese tedioso empate sería roto por una fuerza constructiva emergente más modernista o verdaderamente modernista, que va del Palacio de Cristal (1851) al Palacio de las Máquinas y la Torre Eiffel (1889), intervalo del arranque de la arquitectura basada en el vidrio, el cemento y el hierro que, una vez resueltos los problemas técnicos, se extenderá con obras colosales por todo el mundo hasta bien entrado el siglo XX.

Gravagnuolo opina que el *Ring* de Viena (1857) señaló un paradigma diferente al de Haussmann en cuanto proyectó una ciudad que se ensancha mediante anillos progresivos, “como círculos en el agua” (Gravagnuolo, 1998: 52). En lo que se asemejan es en la segregación socioterritorial, pues “la metrópoli se escinde en dos: el centro terciario y directivo, marcado por una arquitectura de buen nivel, y la periferia sin proyectos y sin calidad”. En ésta, “las capas sociales menos favorecidas”, víctimas de la libertad otorgada a los constructores privados, viven en

“inmuebles de alquiler similares a los *Mietkasernen* berlineses, con patios estrechos e insalubres y corredores que conducen a los pocos baños comunes a varias viviendas del mismo piso” (52). “La gravedad de las condiciones de habitación de la clase obrera” llevó a una intervención, en 1894-1897, basada en una red ferroviaria de telaraña que hiciera posible una expansión radial “potencialmente ilimitada”. El mismo tipo de patrón se planificó para Ámsterdam en 1866. Sin embargo, en esta última ciudad se inaugura la modalidad de apoyos gubernamentales –incluido el uso de suelo de alquiler- para la construcción de casas obreras y viviendas económicas (1878-1905) que será un ejemplar adelantado de la nueva época (Gravagnuolo, 1998: 52-53).

En Alemania, durante el último cuarto de la centuria, en el contexto de la construcción del poderoso Estado alemán, la planeación urbana –como urbanismo técnico- establece criterios de zonificación y requisitos de habitabilidad que posibiliten el manejo eficiente de los espacios externos y los internos, el tráfico, el drenaje, la higiene, las relaciones de convivencia (Gravagnuolo, 1998: 61). Orden y progreso. Ahí el urbanismo nace científico para planificar el desarrollo equilibrado de la ciudad según lo impone la idea dominante de racionalidad. Madurando las ideas, avanzado el tiempo, Rudolph Eberstadt, en *Handbuch des wohnungswesens und der wohnungsfrage*, 1910, identifica cuatro condiciones que deben ser atendidas en la planeación:

- Centro-periferia
- Lejanía entre puesto de trabajo y vivienda
- Estratificación social, la mayoría son pobres y hay segregación territorial, necesidad de viviendas pequeñas 85% de la demanda
- Rebasa límites administrativos

Propone, en consecuencia:

- ✓ Configurar barrios de la periferia
- ✓ Separar barrios residenciales comerciales e industriales
- ✓ Mayor número de alojamientos pequeños
- ✓ Planeación regional

(García y Pizza, 2015: 241 a 243).

En Londres, por otra parte, el ejercicio de la inversión privada fue muy relevante pues el sistema de alquiler del suelo y de las viviendas permitió el control de los *landlords* sobre los constructores privados de las edificaciones residenciales, lo cual, junto con el respeto a las normas constructivas y urbanas y una planeación eficaz de las intervenciones, sellaron la homogeneidad morfológica –y la calidad urbanística- de la metrópoli británica y mundial. Así, a lo largo del siglo XIX “La tradicional bipolaridad entre la City y Westminster evoluciona hacia una articulada

constelación policéntrica unida por el sistema de los grandes parques metropolitanos, [los edificios emblemáticos como nodos] y la densa red de transportes ferroviarios”, como el metro desde 1863 (Gravagnuolo, 1998: 55). Mientras Regent Street (1814-1825) deslinda la nueva zona residencial y comercial de los barrios viejos y no respetables, particularmente el inmediato Soho, la periferia londinense “no alcanza los niveles ínfimos de inhabitabilidad de los *slum* proletarios de otras ciudades industriales como Liverpool, Manchester y Leeds”, debido a “la preexistencia de antiguos burgos rurales sobre los cuales se inserta el hábitat periférico” y “a la más atenta política de gestión puesta en práctica” por las autoridades y las leyes en 1889 y 1890 (Gravagnuolo, 1998: 55).

Berman compara el modernismo de los bulevares de París (la representación del desarrollo) con el de la *Nevsky Prospekt* de San Petersburgo (su versión del subdesarrollo), donde queda clarísimo que la obra urbanística, además de sus méritos intrínsecos, adquiere el carácter y la funcionalidad de la sociedad en que se encuentra. Las arterias parisinas concitan la diversidad social en la que cada persona se sabe poseedora de “sus derechos humanos”. La calzada rusa, en cambio, es un espacio excepcional de construcciones y bienes modernos donde la mayoría de la población es una “masa de extras” (Berman, 236-237). No sólo es cuestión de entorno físico, también lo es del carácter del tejido social y de la cultura política. A diferencia del modernismo avanzado, el modernismo del atraso se basa en sueños, fantasías, espejismos, fantasmas (p. 239) porque no es producto de la evolución de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción sino de un salto forzado para tratar de ponerse al día artificialmente. Por eso contrastan “la modernización como aventura y la modernización como rutina” (p. 252). Podríamos añadir que en las ciudades del desarrollo el modernismo de las avenidas principales se extiende hacia las calles que las entroncan, escoltan y continúan, a toda la red vial y peatonal de la ciudad, mientras que en las del subdesarrollo el modernismo se interrumpe, se desvanece muy cerca de las anchas e iluminadas avenidas, cediendo el lugar, pronto, a las calles viejas, maltratadas, oscuras y malolientes. Hablando en términos de infraestructura y servicios urbanos, la ciudad del desarrollo es más homogénea; la del no desarrollo, al contrario, tiende a ser cada vez más heterogénea.

El ochocientos es a la vez, paradójicamente, el siglo de nacimiento del positivismo -la consolidación cultural del empirismo como garantía del conocimiento verdadero en Occidente, uno de los metarrelatos- y el arranque de la matemática abstracta (Rumbos, 2017). “Cerdá era un hombre algebraico. Como buen matemático, pensaba que la conducta humana era el resultado de un cálculo que debía servir como base para la demostración”. Gravagnuolo (1998: 58) cita a Angelon:

“A los sentimientos del *arte urbano* [BG], Cerdá opone el cálculo científico del perfecto «funcionamiento de la ciudad-máquina». El primer objetivo es la adecuación de la red viaria al «desarrollo de los medios de locomoción» (entendido como factor determinante de los cambios de las estructuras urbanas en las diversas fases históricas); el segundo es, precisamente, la revisión de las tipologías edilicias. La solución estratégica del doble objetivo queda confiada al dispositivo de la retícula ortogonal, sustancialmente homogénea” p. 59

Esta concepción eficiente del espacio no era una verdadera novedad. Ya Da Vinci, mientras que otros proponían radiales del centro hacia fuera, confiaba en los cuadrados y rectángulos como representación del orden racional y sugería calles perpendiculares para el trazado reticular de la ciudad ideal (Solera, 2018). Para Cerdá, un hombre “de izquierdas”,

“unido a la batalla ideológica por la demolición de las murallas de Barcelona, su ciudad es también un teorema que desarrolla linealmente los ideales progresivos del igualitarismo. Ello explica el carácter homogéneo –o, si se quiere, monótono- de su diagrama urbano. Su finalidad última era precisamente la prefiguración de un hábitat isótropo, marcado por la perfecta equivalencia en cada uno de sus puntos de los requisitos de habitabilidad considerados óptimos”,

donde gracias a la distribución de los equipamientos colectivos cada barrio es autosuficiente, aunque la racionalidad –científica, funcionalista e higienista- de sus planteamientos era “eludida por la praxis constructiva” (Gravagnuolo, 1998: 58).

Mientras que la remodelación de las capitales europeas en la segunda mitad del siglo XIX siguió los pasos de Londres y París, en ocasiones tratando de imitar, en ocasiones tratando de rivalizar (Rodríguez Liera, 2006), en cambio, otra vertiente del modernismo urbano se configuró, hacia finales de ese siglo e inicios del siguiente, mediante rascacielos, magnas autopistas y viviendas suburbanas en el territorio estadounidense, particularmente en Nueva York y Chicago. Además del impulso económico proporcionado por la expansión del capitalismo estadounidense, ese modelo urbano fue posible porque la ausencia de centros históricos y del imperativo moral de preservarlos, permitió la construcción hacia arriba de edificios destinados a oficinas y comercios, de mayor rentabilidad que los habitacionales, de manera que la vivienda podía irse a la periferia. Este será, no por casualidad, el patrón de urbanización del siglo XX y lo que va del XXI, asociado al desarrollo del capitalismo industrial y financiero-inmobiliario.

Baudelaire vio una “hormigueante ciudad, llena de sueños”⁶, invocando el carácter iluminista del progreso urbano. En realidad, ese “caos en movimiento” agitado por los carruajes a través de los bulevares parisinos que experimentó tempranamente el poeta, sería únicamente el pálido preludio de un nuevo modo de vida urbana. Vale la pena reproducir así sea en fragmentos una vivencia representativa y definitoria:

“Era como si el mundo hubiera enloquecido súbitamente”, “crecía la furia del tráfico”, “Salir de casa significaba estar en peligro de ser aplastados por los coches que pasaban”, “en mi juventud... la calle nos pertenecía”

...

Le Corbusier se siente agobiado y nostálgico, pero genialmente se recupera y se empodera:

“¡Coches, coches, rápidos, rápidos! Uno se siente embargado, lleno de entusiasmo, de alegría... la alegría del poder. El simple e ingenuo placer de estar en medio del poder, de la fuerza. Uno participa en él. Uno toma parte de esta sociedad que comienza a amanecer”, “El hombre nuevo necesita un nuevo tipo de calle”, “una máquina de producir tráfico”, “bien equipada como una fábrica” (citado por Berman, 1994: 166-167).

Este modernismo de avanzada, también iluminado, lo conceptualizó como prototipo en el *Plan Voisin* y la *Ville Radieuse*. Su materialización sería más difícil de llevar a cabo en sus términos ideales, salvo por algunas experiencias aproximadas e irrepetibles de ciudades nuevas del subdesarrollo (Brasilia, Islamabad y Chandigarh), pero fue el alma del racionalismo –higienismo, funcionalidad, geometrismo, orden, zonificación, materiales nuevos, tecnología, sencillez- lo que dominó internacionalmente de los alegres veintes en adelante.

En Estados Unidos también Loyd

Racionalismo

Como se sabe, la Iberoamérica del siglo XIX, a pesar de su rechazo del dominio colonial, no pudo desarrollar un proyecto de sociedad propio sino que tuvo siempre como referentes el modelo europeo y luego también el estadounidense. La modernidad fue más que nada una aspiración de las élites, no del pueblo. Por eso, la modernización –el proceso hacia la modernidad- no se llevó a cabo de abajo hacia

⁶ En “Los siete ancianos”, poema XC, *Las flores del mal, Cuadros parisinos*, <http://profeliteratura11.blogspot.com/2016/03/ baudelaire-las-flores-del-mal-cuadros.html> sábado, 5 de marzo de 2016.

arriba sino de arriba hacia abajo. Pero no fue una copia completa ni total; la imposición no pudo reproducir fielmente lo sucedido en Europa y Estados Unidos porque hubo de adaptarse a las condiciones existentes en el continente. Los factores internos modelaron la importación. Desde este punto de vista la modernidad en América Latina quedó como una imitación mal hecha, en trozos sueltos, como un rompecabezas sin armar. No obstante, paradójicamente, del seno mismo del proceso de modernización local emergieron luces de modernidad propia, autóctona, original.

Otra vertiente del modernismo o movimiento modernista de fines del XIX e inicios del XX abarcó todo el occidente en el campo de las artes, la filosofía y la religión. En general, fue una declaración a favor de lo romántico, lo subjetivo, lo espontáneo, un intento de superación de las huecas y repetitivas ortodoxias formales. La libertad creativa ante todo y el reencuentro con la naturaleza. La vida y obra de Gauguin son representativas de ese espíritu; en arquitectura, las obras de Gaudí y las de Lloyd Wright. En filosofía, la conciencia individual de James, el espiritualismo de Bergson, la fenomenología de Husserl y el existencialismo de Unamuno expresan el afán secular de superar el positivismo. Serán cruciales en el pensamiento del siglo XX. Así mismo, Bergson, Unamuno, Marcel y Jaspers, existencialistas católicos, siembran cierto escepticismo en las certezas de la Fe (Xirau, 1998). No puede dejarse de lado a Nietzsche, quien devela la tensión íntima de la sociedad moderna entre la pulsión apolínea –serenidad, medida, claridad, racionalismo- y la dionisiaca –lo impulsivo, excesivo, desbordante, caótico- (Eco), y justifica la distinción entre la superior moral de los señores y la inferior de los esclavos, que tendrá su equivalencia sociocultural concreta en el racismo positivista del porfirismo mexicano. También en la filosofía hay un alejamiento del positivismo y una vuelta a la metafísica a través de Brentano (Marías, 1998). El *modernismo* católico –sustantivación despectiva recetada por el Papa- fue un pequeño pero significativo movimiento intelectual al interior del clero que puso en duda la compatibilidad de la razón y la fe y, por consiguiente, algunos dogmas fundamentales de la doctrina. Su mayor peligro era que favorecía la libertad individual de las creencias y en el fondo cuestionaba la autoridad de la jerarquía eclesiástica. La apostasía fue liquidada por el decreto *Lamentabili* y la encíclica *Pascendi Dominici gregis* de Pío X en 1907 (Hertling, 1996) ...¿y?... . En poesía y prosa, la literatura hispanoamericana alcanza otra vez registros de excelencia universal. En este ámbito, el modernismo fue un movimiento de reacción al costumbrismo y el naturalismo ... pero hubo de reflejar, al menos en América Latina, el tránsito de la modernización discordante.

A propósito de nuestra reflexión, podemos evocar la mirada de Ignacio Manuel Altamirano. Al visitar la Candelaria de los Patos, en 1869, Altamirano comenta que “el *centro dorado* de México ignora que está rodeado por un cinturón de miseria y de fango” (cursivas IMA. Citado en Monsiváis, 1979: 58). Critica al “ángel de la

caridad [una dama tan bella como generosa que] no gusta de manchar sus alas de seda en aquellos lugares pantanosos y horribles”, así como a médicos y curas que sólo atienden a quien tiene recursos, y al Ayuntamiento, pues

“si bien es útil y bello plantar árboles y hacer jardines en la Avenida de los Hombres Ilustres, para decorar así las más hermosas calles de la capital, sería necesario, indispensable a la higiene, plantar también más árboles del lado de oriente para purificar aquella atmósfera deletérea, que mantiene allí el foco de las fiebres que azotan de vez en cuando los barrios elegantes de la ciudad. Y sobre todo es necesario el aseo” (Monsiváis, 1979: 58 a 62).

¿Cabe recalcar que han transcurrido ciento cincuenta años y no hemos resuelto ese problema urbano y social?

También podemos mencionar a José Tomás de Cuéllar, alias, Fecundo, autor pre-modernista que participó –críticamente- en el uso de la novela como instrumento de conformación de la conciencia nacional y que publicó *Los fuereños* en 1883, al comienzo del Porfiriato (Zavala, 2016: sp). La obra narra cómo una familia provinciana conoce la Ciudad de México. En ella, Gutiérrez, guía de los forasteros y *álter ego* de Facundo,

“representa la mirada crítica, encargada de hacer visible la principal paradoja de la incipiente modernidad porfiriana: el progreso científico y tecnológico que ha transformado de manera tan evidente el espacio citadino (ferrocarriles, telégrafo, teléfono, luz eléctrica, etcétera), no guarda relación alguna con los usos y costumbres de sus habitantes. En otros términos, el avance material de la nación no ha servido para el perfeccionamiento ni homogenización de sus integrantes”, sino, por el contrario, ha profundizado las diferencias (ídem).

El contraste entre la modernidad eficiente del mundo desarrollado y la modernidad adaptada del subdesarrollo tropical puede leerse en un fragmento citado por Zavala⁷, donde el anfitrión ejemplifica con un servicio urbano:

-En otros países las tranvías⁸ tienen por objeto acortar el tiempo y la distancia, porque el tiempo es dinero, según dicen los *yankees*, pero entre nosotros no se trata del tiempo.

-No, ¿pues de qué?

-Simplemente de ir sentado.

Y explica, no sin ironía, porqué las mismas cosas tienen sentido diferente según la cultura que las contextualice:

⁷ El epígrafe de este trabajo es parte de la pieza transcrita por Zavala, que se encuentra en Cuéllar, 2012: 186-189.

⁸ La autora explica que, según el *Diccionario de la Lengua Castellana*, las tranvías se referían a los carros tirados por caballos (por 1869), mientras que los tranvías aluden a los trenes que corren sobre rieles (ya en 1884).

—En las grandes ciudades, el servicio de las tranvías ha sido trazado en el plano respectivo conforme a las exigencias de la población por los arquitectos de ciudad, y con la intervención del cuerpo municipal que es el encargado del servicio público; en consecuencia, una vez formado el plan de este servicio y trazadas las líneas necesarias que han de proporcionar ahorro de tiempo, acortamiento de distancias y comodidad a los transeúntes, se contrata la obra bajo las bases convenientes, que son por lo general el poder cruzar la población en varios sentidos pero en línea recta, que, como sabe usted, es la más corta. Pero en México, señor don Trinidad, no es la línea recta la que nos preocupa, sino la curva; ésa es nuestra línea, y por la curva vamos a todas partes. De esto son una prueba las tranvías, divididas en circuitos que, como los anillos de una cadena, se tocan entre sí; de manera que el transeúnte puede llegar a su destino después de haber descrito, en vez de una línea recta, un número 888 (idem).

La metáfora alegoría nos indica que es difícil tener éxito en la planificación urbana cuando las acciones, a pesar de ser producto de la técnica y la ciencia, no se realizan en las condiciones adecuadas, e ilustra a la vez que la importación mecánica de ideas surgidas en el extranjero —una constante de nuestra historia— puede dar lugar a resultados estrambóticos.

Podemos aprovechar otro escrito de José Tomás para ilustrar otros elementos que fueron configurando la modernidad en México. Según Monsiváis (1979: 52), las novelas de Cuéllar “evocan una sociedad cerrada y asfixiante y el primer surgimiento de las clases medias” que “cifran su crecimiento en la creencia idolátrica en las ordenanzas de sociedad”. En *La Nochebuena*, de 1883, se cuenta que Lupe está ayudando a organizar la cena de esa noche en *su* casa que no es su casa (pues sólo es la hija de un empleado), sino la del general, que tampoco es general, acompañada de Otilia:

Lupe tenía dieciocho años, era pequeñita y, por supuesto, estaba clorótica. Su color era de ese tono de papel secante que se va quedando en la raza mixta al deslavarse el cobrizo azteca; color con que luchaba incesantemente Lupe, especialmente cuando se ponía un sombrero con una pluma muy blanca y muy grande. Tenía el pelo negro y se lo tuzaba [sic] en línea horizontal sobre las cejas para formarse lo que ella llamaba «su burrito».

Nadie conocía a su mamá, y solo se sabía que era hija del pagador; pero eso no hacía al caso, porque Lupe había sabido cambiar de círculo merced a algunas amistades que contrajo en el Conservatorio, a donde concurrió seis meses.

Otilia era una de esas amiguitas de escuela nacional que se había encontrado Lupe; de la misma manera que Otilia se había encontrado a un alumno de la Preparatoria, que era aquel jovencito de bigote negro que no tenía posadas.

Ellas estrenarían botines blancos en la cena: “vamos a estar calzadas esta noche como unas princesas”. A Lupe se los había comprado el general (guiño de perspicacia) y Otilia los había obtenido con el crédito otorgado por un prestamista.

Tres aspectos me interesa destacar en esta “crónica”. Primero, el Conservatorio se convirtió en escuela nacional en 1877 y la Escuela Nacional Preparatoria se fundó en 1868. En la primera se enseñaban música y arte dramático; la segunda se creó para elevar la educación básica del pueblo. Para nuestra reflexión, el aspecto relevante de esos sucesos, como muestran los párrafos citados, es que esas instituciones también fueron vehículos de socialización y al mismo tiempo de uniformización ideológica de quienes podían acceder a ellas. En otras palabras, en nuestros territorios la modernización no fluyó espontáneamente como en Europa y Estados Unidos, sino que debieron establecerse dispositivos institucionales que indujeran su edificación. En los países desarrollados la modernización produjo instituciones modernas. Acá, se intentó que instituciones modernas provocaran la modernización. En segundo lugar, mientras que los miembros de las clases altas tenían la inconsciente certeza de que permanecerían por siempre en la cumbre de la jerarquía social –como hasta la fecha-, las nuevas clases medias tenían que buscar los medios para su ascenso: la modernidad trae la ambición de la movilidad social, ahora es posible cambiar de estatus hacia arriba. Empero, en las sociedades estructuradas tradicionalmente conforme a estratos de privilegio, como eran todavía nuestras sociedades latinoamericanas del último cuarto del siglo XIX, la promoción no era resultado de la multiplicación del éxito de las iniciativas individuales en condiciones de eficiencia competitiva (a menos que hubiera guerra), sino de los favores, las preferencias, la discrecionalidad, la concesión, la generosidad de los potentados. Como se verá más adelante, la élite porfirista en la Ciudad de México ya era élite antes de 1884. De aquí deriva la cultura del acomodo, el compadrazgo, el nepotismo, que sigue siendo un factor definitivo en nuestros días. En segundo lugar, la modernización no podía llevarse a cabo entre iguales –ni como motor ni como efecto- porque no los había. Al final del Porfiriato, en *Los grandes problemas nacionales*, don Andrés Molina Enríquez (1909: 349), de manera muy positivista aún, mostraba una estratificación social basada en las razas. En la punta de la pirámide se encontraban los extranjeros –“la casta superior”-, blancos estadounidenses y europeos (la modernización porfirista había permitido que los primeros desplazaran a los segundos); luego, en las clases privilegiadas, estaban criollos, mestizos e indígenas en rangos diferentes; en seguida, en las clases medias, sólo mestizos, y al final, en las clases bajas, sólo indígenas. Pero don Andrés se quejaba de que las clases medias no fueran tales, es decir, “propietarias”, sino que sólo fueran dependientes de las altas, mantenidas, y, por lo tanto, no contribuyeran al equilibrio social. La primera funesta consecuencia de esa estratificación –señalaba- era “el acaparamiento de la riqueza nacional en muy pocas manos” (ídem, p. 350). Esto incluía, por supuesto, la propiedad del suelo. Aunque a Molina Enríquez le reocupaba más la situación del campo, no podemos obviar que en las zonas urbanas la estructura económica e inmobiliaria también estaba asociada a la estructura racial. Por último, hay que subrayar que las clases

medias *activas* eran más criollas, más blancas, mientras que las clases medias mestizas –cloróticas y deslavadas- eran más pasivas. Este racismo consolidado en el Porfiriato será un sello de la modernidad nacional hasta la fecha. El color de la piel sigue influyendo en la estratificación social.

Una reflexión sobre el modernismo en México no puede hacerse sin mencionar a Manuel Gutiérrez Nájera, quien, aunque “nunca sale de México, vive en un París de la imaginación que sirve de escenario a su mejor poema, *La duquesa Job*” (Pacheco, 1979: 219). La obra es un registro de elementos extranjeros nuevos, principalmente franceses pero también británicos y estadounidenses, que se han yuxtapuesto con los pasados españoles y se han integrado al talante de la ciudad, las clases sociales y las costumbres. La calle de Plateros, tiendas de modas, los hipódromos de Peralvillo y la Condesa, el Jockey Club, bistec y vino en el desayuno, el té de las cinco y otros elementos de su poesía son pinceladas de la vivaz vida urbana que se agita en la zona moderna de la capital (Báez, 2012, sp). Marie, la duquesa, como Lupe y Otilia, pertenece a las clases subordinadas pues trabaja en un almacén de lujo, pero ya es una griseta, una joven cuyos ingresos le dan cierta libertad para vivir a su modo, y capaz de defenderse a paraguazos si la molesta un tuno. Tiene ojos verdes y rizos rubios (en realidad castaño oscuro), pie de andaluza, boca de guinda, nariz pequeña, talle de avispa, ojos traviesos de colegiala. Debe destacarse que Gutiérrez Nájera la desmarca de la vieja polarización colonial y él a la vez se deslinda de la exaltación de lo prehispánico que predominaba en el premodernismo: la duquesita no pertenece a la aristocracia hacendada pero tampoco es “la poblana de enagua roja, que Prieto amó”, ni “la criadita de pies nudosos”; no forma parte de la población pobre mestiza o india, pero tampoco pertenece a la élite porfirista, aunque se mueve entre sus miembros. Es, más bien, una representante de clase media modernista que emerge: independiente, que progresa por sus propios medios, sin arribismo.

Se ha dicho que, entendiendo la modernidad como el “ethos cultural” de los modos de vida y organización social desde el siglo XV, “la ciudad americana no sólo es el producto más genuino de la modernidad occidental, sino que, además, es un producto creado como una máquina para inventar la modernidad, extenderla y reproducirla”, “en América, la modernidad fue un camino para llegar a la modernización, no su consecuencia [...] y en esa política la ciudad fue el objeto privilegiado” (Gorelik, 2003: 3, 1). Me parece un poco exagerada la primera idea, es decir, que la ciudad es “el” producto más genuino de la modernidad, pero hay mucho de verdad en la segunda: las reformas urbanas de fines del siglo XIX en América Latina, particularmente, tenían el propósito de mejorar la vida de las burguesías nacientes, por supuesto, pero también servían como escenario y ejemplo pedagógico en la prometeica tarea de civilizar definitivamente al pueblo. Bulevares, parques, monumentos, esculturas e infraestructura para la salud y seguridad

pública, son elementos de la modernidad que pretender inducir la modernización. Se muestra el esplendor de la vida burguesa para que sea deseada e imitada por el pueblo. Emblemáticamente, las nuevas calles oblicuas y circulares y las glorietas, como en la expansión hacia el surponiente de la Ciudad de México, rompen la tradición cuadrangular prehispánica y colonial, pero son al mismo tiempo, literalmente, las vías materiales de la mayor complejidad citadina y de la especulación inmobiliaria. No obstante, como sugiere el mismo autor, el Estado de la época tuvo que enfrentar la tensión intrínseca de una modernización urbana impuesta, entre, por una parte, la ciudad que crece y desborda sus límites históricos, se sale de control, se enferma por efecto del desarrollo de la propiedad privada, la libertad de comercio y de construcción, la multiplicación y difusión de los pobres, la insalubridad, etc., y, por el otro lado, la necesidad de mantener el control social sobre las clases tradicionales y las nuevas, al tiempo que se actualizan las estructuras de dominación política. El Estado liberal tiene que enfrentarse al liberalismo, poner en juego “su propia identidad” (id. 6). Se trata de una “modernización conservadora”. Gorelik comenta que la creación de espacios públicos en Buenos Aires contribuía a promover la mezcla social, pero no estoy muy seguro de que esa fuera la realidad de otras ciudades latinoamericanas donde predominaba una segregación socioterritorial más marcada entre las clases sociales y las razas, como hemos visto en el caso de la Ciudad de México. Según Chafon, ésta se convirtió en ciudad clasista durante el Porfiriato (Oropesa, 2007), pero la verdad es que nunca fue interclasista. El cruce en la calle de miembros de distinta clase no elimina la segregación si su trato, de ocurrir, es discriminatorio, de no iguales.

Para Segre, en cambio, “las ciudades latinoamericanas lograron conservar su identidad, escala y personalidad hasta mediados del siglo veinte”, durante el período independiente “el modelo colonial funcionó con coherencia, a partir de las exigencias funcionales, económicas y sociales”. Pese a las diferencias entre los grupos sociales, había un acuerdo tácito, por el cual

Ciudades de tiempos lentos, valorizaban los espacios de vida social, el ámbito del peatón, la calidad de los edificios. Calles y plazas constituían el marco cotidiano de fiestas, carnavales, desfiles y procesiones. Es la atmósfera densa y significativa de la ciudad concebida como un artefacto cultural para el goce y usufructo de sus habitantes, que encontramos todavía en Guanajuato, Popayán, Coro, Trinidad, Ouro Preto, Cuenca, Potosí, entre otras.

Con el advenimiento de los gobiernos republicanos independientes en el siglo XIX [...] comenzó el cambio de escala de las funciones urbanas debido al incremento de la población, la complejidad de las actividades administrativas y comerciales, la modernización de los medios de transporte y los nuevos valores simbólicos atribuidos a los monumentos

representativos de los poderes públicos [pero todo eso no transformó] la significación cultural del espacio urbano (Segre, 2002: 23)⁹.

No puede decirse que la ciudad de México, por ejemplo, permaneció sin cambios *significativos* de 1821 hasta mediados del siglo veinte. Si bien puede admitirse una mutación *cualitativa* de profunda significación a partir de los años sesenta de este último siglo, al transformarse en ciudad *con-fusa* (Abramo), los cambios de tipo *cuantitativo* registrados de fines del diecinueve a principios del veinte sí fueron importantes en *su modo de ser* respecto de las características principales de ese momento. Puede ser que desde el punto de vista del tiempo largo de Braudel no haya variaciones, pero en el marco de nuestro análisis y la sucesión de centurias, la modernización y la modernidad sí tuvieron consecuencias relevantes que, sin dejar de ser la misma, la hicieron otra ciudad.

La modernización y la modernidad no podían ser en América como lo fueron en Europa. La morfología urbana en sentido amplio guarda una relación dialéctica con la dinámica de las clases sociales y el modo de producción. En los siglos XIX y XX, en particular, pueden distinguirse procesos característicos entre la evolución de las ciudades, el estado de desarrollo del capitalismo y las formas de vida de la burguesía y de las clases trabajadoras. Europa, en ese período, tuvo que hacerse cargo de las necesidades habitacionales y urbanísticas de la clase obrera y las clases medias cada vez mayores e influyentes en la configuración de la sociedad y la política de sus naciones. En América Latina, en cambio, esas demandas no llegaron ser tan fuertes, en parte, por la aparición más tardía de la industrialización, la clase obrera, la burguesía industrial y las clases medias; también, debido un arraigado sentido de la segregación clasista, étnico-racial y discriminatoria en todos los estratos de la población, y, por supuesto, como consecuencia del poder autoritario de las élites que lograron mantener el control social, político e ideológico de la sociedad.

El capitalismo avanzado de fines del siglo diecinueve, dominado por el capital financiero; el surgimiento de nuevos liderazgos tecnológicos en industrias clave, como metalmecánica, química y eléctrica; la intensificación de los procesos de trabajo industrial por la mecanización, y la consolidación del movimiento obrero como clase para sí, influyeron en la conformación de las ciudades europeas de fines del siglo diecinueve. Recíprocamente, la forma urbana condicionó el modo de vida de la burguesía y de clase obrera, su relación con el trabajo y el desarrollo de su

⁹ Pera este autor, incluso el funcionalismo, en los años treinta del siglo veinte, no materializó cambios trascendentes en las ciudades latinoamericanas, pues el Racionalismo y las diferentes versiones del Movimiento Moderno “hicieron ciudad”, arraigaron en la ciudad existente. Sería hasta después de la Segunda Guerra Mundial, con el capitalismo avanzado, la migración, el aumento de los pobres, la explosión urbana, la especulación inmobiliaria, que la ciudad sería diferente.

conciencia. La particularidad de esos procesos en cada país y cada *período corto*, en términos de la diferenciación de las conductas obreras en relación con las características de los espacios urbanos específicos, puede seguirse a partir de Katznelson, (quien divide en cuatro niveles diferenciados pero superpuestos el análisis de la *situación* obrera -estructural, de vida cotidiana, de la cultura y de la acción colectiva-) y de otros autores, como Hobsbawm, Cronin, Magri y Topalov (Oyon, 2002). En cierta etapa, el desarrollo de las manufacturas ocurre a la par o dentro de los ámbitos habitacionales, y en mezcla con el comercio y los servicios. La producción artesanal emerge en los intersticios de la vivienda y aunque llegue a ser una producción artesanal avanzada, no saldrá del vecindario. El obrero – asalariado o no- es a la vez trabajador y residente en el mismo lugar. Las tradiciones domésticas y barriales empapan las formas de producción, las técnicas del trabajo. La lucha por mejores condiciones de trabajo es cercana a la lucha por mejores condiciones de vida. Pero también las redes familiares amortiguan los problemas de realización, empleo e ingresos, reduciendo su impacto en la conciencia de clase. La creación de zonas industriales en las periferias urbanas genera una disociación espacial y mental entre el papel del trabajador en la fábrica –en la que, además, ya es asalariado- y su papel como vecino. La lucha por mejores condiciones de trabajo no tiene que ver con la lucha por mejores condiciones de vida, tales como vivienda higiénica, cómoda y segura, agua y drenaje, escuelas, centros de salud, calles pavimentadas, etc.

En los siguientes párrafos, hacia 1894, Ángel del Campo, Micrós, nos muestra detalladamente la yuxtaposición de elementos rurales y urbanos, industriales, comerciales y habitacionales que había en una periferia pobre de la ciudad, así como el ambiente triste y lastimero que la dominaba a pesar del bullicio de los peatones .:

“Y bajo aquel caleidoscopio inmenso, bajo aquel poema matinal de la luz indecisa, como un contraste despertaba la ciudad dormida, masa de sombras do se adivinaba sobre la confusión de los techos una silueta de torre o la curva armoniosa de las cúpulas; pero la luz no redimía la miseria del suburbio, que ruido por ruido, comenzaba a pulular tras el primer silbato de la fábrica, el pimer repique de un campanario de parroquia y el dilatado clamoreo de los gallos, esos heraldos de la diaria fatiga” (Del Campo, 1975: 62-69).

La descripción sigue e incorpora un farol “aún encendido”, las lámparas de petróleo de una panadería, “mal envueltos y tosiendo, barrían y regaban los porteros”, un vendedor de té, un gelatinero, “aquel enjambre de casucas con techos de paja”, “el poste encorvado que sostenía un farol roto”, un árbol enfermo, una pulquería, carretas escandalosas, el vaciado en la banqueta del agua sucia de un figón, un mayordomo con bufanda y a caballo que vigilaba el desfile, una familia con baúl de

viaje que subía a un coche de alquiler y “numerosos vecinos del barrio” que se dirigían al potrero cercano, donde tendría lugar un fusilamiento.

En América Latina, y especialmente en el caso de la Ciudad de México, puede afirmarse que la reconfiguración urbana ligada a la industrialización fue un fenómeno del siglo veinte. Es cierto que hubo cambios cuantitativos espectaculares en la segunda mitad del diecinueve, como el aumento de la población y de la superficie urbana, así como otros relacionados con el desarrollo de la industria incipiente, la modificación de las funciones urbanas e incluso el *ensanche* del cuadro tradicional hacia los cuatro puntos cardinales, pero en 1900 el 50% de las casas seguían siendo chozas (Oropesa, 2007). La ciudad industrial y el proletariado industrial hicieron su aparición hasta la tercera década del siglo veinte. La desamortización de la propiedad territorial a partir de 1856-1861 y la instauración de otras leyes liberales permitieron el fraccionamiento de los terrenos urbanos y el cambio de uso del suelo, favoreciendo dentro de los límites ciudadanos la difusión espacial de las manufacturas básicas, como alimentos y bebidas, la multiplicación del artesanado y la proliferación de las construcciones que combinaban vivienda, tienda y taller. Sin embargo, otras industrias de igual importancia y mayor calado, como la textil, la tabacalera y la del papel, tuvieron que desarrollarse en la periferia de la ciudad y del valle: como Tlalpan, Tlalnepantla y... en estas empresas industriales pero ubicadas en zonas rurales, los obreros seguían siendo campesinos... habitando en sus pueblos...

La ubicación de las empresas industriales en la periferia de la ciudad y la creación de barrios obreros cercanos a ellas no parece haber sido un fenómeno muy claro en México, a diferencia del caso europeo. Además, los barrios obreros atrajeron poblaciones diversas, urbanas de antes y rurales recién llegadas, es decir, poca solidaridad entre los nuevos habitantes.

+++++

Referencias

Alonso, Tania (2019) “La ciudad adelantada a su tiempo que diseñó Leonardo da Vinci”, *Tomorrow MAG*, 250719, <https://www.smartcitylab.com/blog/es/ambiente-urbano/la-ciudad-adelantada-a-su-tiempo-que-diseno-leonardo-da-vinci/>

Báez Rodríguez, Francisco (2012), “Hermenéutica de La Duquesa Job”, en *México de mis Recuerdos, blog de Don Susanita*, 2 de abril de 2012, <http://donsusanito.blogspot.com/2012/04/hermeneutica-de-la-duquesa-job.html>

Baudelaire, Charles (2009) *El spleen de París*, Introducción, traducción y notas de Pablo Oyarzún R, 1.th edn, LOM Ediciones, Santiago de Chile, Chile. [http://conricytuam.summon.serialssolutions.com/#!/search?ho=t&fvf=IsFullText,true,f&l=es-ES&q=\(AuthorCombined:\(baudelaire\)\)](http://conricytuam.summon.serialssolutions.com/#!/search?ho=t&fvf=IsFullText,true,f&l=es-ES&q=(AuthorCombined:(baudelaire)))

Berman, Marshall (1994) [1982] *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Siglo XXI Ed., México, 7ª ed.

Butterfield, Herbert (1981) *Los orígenes de la ciencia moderna*, CONACYT, México.

Del Campo, Ángel (*Micrós*) “El fusilado, cosas vistas”, *El Alma de la Ciudad*, Ed. DDF, Col. METROPOLITANA, 1975, México.

García Estévez, Carolina B. y Pizza de Nanno, Antonio (2015) *Historia del arte y de la arquitectura moderna (1851-1933): del Crystal Palace a la Ciudad Funcional*, UPC, Barcelona. Fragmentos: https://books.google.com.mx/books?id=IBe_CQAAQBAJ&pg=PA242&lpg=PA242&dq=eberstadt+arquitecto&source=bl&ots=vwG3sUf_BW&sig=ACfU3U1yv_JZ-rxgCOltVEEx0TkKOgXNuw&hl=es&sa=X&ved=2ahUKEwiKptXcjYzqAhUCEawKHZmdB0oQ6AEwA3oECAoQAQ#v=onepage&q=eberstadt%20arquitecto&f=false

Gorelik, Adrián (2003) “Lo moderno en debate: ciudad, modernidad, modernización”, punto de vista en *Bazar Americano. Rodolfo Giunta, Historia Cultural Urbana - Patrimonio Histórico Cultural*, en [http://www.rodolfogiunta.com.ar/Historia%20urbana/Lo%20moderno%20en%20debate%20\(Adrian%20Gorelik\).pdf](http://www.rodolfogiunta.com.ar/Historia%20urbana/Lo%20moderno%20en%20debate%20(Adrian%20Gorelik).pdf)

Gravagnuolo, Benedetto (1998) [1991] *Historia del urbanismo en Europa 1750-1960*, Ediciones Akal, Madrid. Fragmentos: https://books.google.com.mx/books?hl=es&lr=&id=oBR-0IUpB2AC&oi=fnd&pg=PA1&dq=historia+del+urbanismo&ots=ngdhXDJj_I&sig=k9JtQ28mffZv4w-9p9vJqXrL-#v=onepage&q=historia%20del%20urbanismo&f=false (c. 080620).

Habermas, Jürgen (2006) “La modernidad, un proyecto incompleto”, en Hal Foster (ed.) *La posmodernidad*, Ed. Kairós, Barcelona, 6ª ed., [1983], pp. 19-36.

- Hertling, Ludwig (1996) *Historia de la Iglesia*, Biblioteca Herder, Barcelona.
- Hobsbawm, Eric (1998) *La era del capital 1848-1875*, Ed. Crítica, Barcelona.
- Mariás, Julián (1998) *Historia de la filosofía*, Alianza Editorial, Madrid.
- Molina Enríquez, Andrés (1909) *Los grandes problemas nacionales*, INEHRM, <https://inehrm.gob.mx/work/models/inehrm/Resource/455/1/images/Los-grandes-problemas-nacionales-p-65.pdf>
- Monsiváis, Carlos (1979) *Antología de la crónica en México*, UNAM, México.
- Morris, A. E. J. (2007) [1979] *Historia de la forma urbana desde sus orígenes hasta la Revolución Industrial*, Gustavo Gilli, Barcelona.
- Oropesa, Salvador A. (2007) “Reseña de varios volúmenes de la *Historia de la Arquitectura y el Urbanismo en México* de Carlos Chanfón Olmos”, *Chasqui*, Vol. 36, No. 1, mayo, pp. 133-142, recuperado en https://www.jstor.org/stable/29742165?read-now=1&refreqid=excelsior%3A0717df86f8d94d84072dc1e0aab8d963&seq=7#page_scan_tab_contents (170620)
- Oyon Bañales, José Luis (2002) “Historia urbana e historia obrera: reflexiones sobre la vida obrera y su inscripción en el espacio urbano, 1900-1950”, *Historia contemporánea*, núm. 24, p. 11-58, junio, <https://upcommons.upc.edu/handle/2117/18926>
- Pacheco, José Emilio (1979) *Antología de Poesía Mexicana 1810-1914*, Promexa Editores, México.
- Rodríguez Liera, Ramón (2006) *Breve historia de la Arquitectura*, Ed. LIBSA/Ed. Diana, Madrid/México.
- Rodríguez, Marta (1996) “Baudelaire, el romanticismo y la modernidad”, en *Ensayos: Historia y Teoría del Arte*, número 3, pp. 117-128, Instituto de Investigaciones Estéticas/Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Colombia, <https://revistas.unal.edu.co/index.php/ensayo/article/view/46485>, <http://www.bdigital.unal.edu.co/44719/1/46485-225757-1-SM.pdf>
- Rumbos Pellicer, Beatriz (2017) *Historia de las matemáticas. De su origen a nuestros días*, Ed. Trillas, México.
- Samaniego, Juan (2019) “Limpia, segura y ordenada: así es la *smart city* que Leonardo da Vinci ideó hace 500 años”, *Ferrovial blog*, 091019, <https://blog.ferrovial.com/es/2019/10/asi-es-la-smart-city-que-leonardo-da-vinci-ideo-hace-500-anos/>

Segre, Roberto (2002) “Arquitectura y ciudad en América Latina. Centros y bordes en las urbes difusas”, en *Perspectivas Urbanas* N° 1, pp. 19-28, Universitat Politècnica de Catalunya, recuperado en <https://upcommons.upc.edu/handle/2099/21>, <https://upcommons.upc.edu/bitstream/handle/2099/21/art01-2.pdf?sequence=2&isAllowed=y>, y [https://www.urbipedia.org/hoja/Arquitectura y ciudad en América Latina. Centros y bordes en las urbes difusas](https://www.urbipedia.org/hoja/Arquitectura_y_ciudad_en_América_Latina._Centros_y_bordes_en_las_urbes_difusas)

Solera Heredia, Beatriz (2018) *Propuestas urbanas de Leonardo da Vinci*, Tesis, Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid, Universidad Politécnica de Madrid, [http://oa.upm.es/49557/1/TFG_Solera %20Heredia Beatriz.pdf](http://oa.upm.es/49557/1/TFG_Solera_%20Heredia_Beatriz.pdf)

Villoro, Luis (1992) *El pensamiento moderno. Filosofía del Renacimiento*, FCE, Cuadernos de la Gaceta, México.

Xirau, Ramón (1998) *Introducción a la historia de la filosofía*, UNAM, México.

Zavala Díaz, Ana Laura (2016) “Espejismos de la modernidad: la Ciudad de México en *Los fuereños* de José Tomás de Cuéllar”, en *Literatura Mexicana*, Vol. 27, Núm. 2, Centro de Estudios Literarios-UNAM, recuperada en <https://revistas-filologicas.unam.mx/literatura-mexicana/index.php/lm/article/view/917/1005>

Zevi, Bruno (1998) [1948] *Saber ver la arquitectura*, Ed. Apóstrofe, Barcelona, España.